

Esta es una historia basada en un caso real que ocurrió en 2004, la historia de Elikia Mbote

Mi nombre es Elikia Mbote. Nací el 27 de enero de 1976 en Goma (República Democrática de Congo). Soy licenciado en Ingeniería Industrial por la Universidad de Kinshasa. Trabajaba como funcionario en las Oficinas del Registro Civil en Kinshasa, lo que me permitía, dentro de las circunstancias de mi país, llevar una vida digna y acomodada. Residía, junto a mi mujer, Marie Mangai, en Avenue De La Republique Du Tchad 5, en **Kinshasa**.

El actual presidente **Joseph Kabila** y sus cuatro vicepresidentes han recibido denuncias de corrupción y de apropiarse indebidamente de los fondos dedicados a la reconstrucción del país. La situación es insostenible.

Tras la dictadura de Mobutu Sese-Seko (De 1965 a 1997), el nuevo Gobierno de Laurent-Désire Kabila centralizó todo el poder, dejando sin margen de maniobra a las minorías y también a la población de Uganda y Ruanda que le habían apoyado para derrocar a Mobutu.

En 1998 estalló una nueva guerra que involucró a más de 9 países y tuvo como resultado la muerte de aproximadamente 3.8 millones de personas. Fue uno de los conflictos internacionales más graves después de la II Guerra Mundial. En 2001 (18 de enero) Laurent-Désire Kabila fue asesinado por uno de sus guardaespaldas. Le sucedió su hijo Joseph Kabila (actual presidente).

Pese a que oficialmente la guerra terminó en 2002, en 2004 el conflicto en la República Democrática del Congo era una de las peores crisis humanitarias del mundo. El 26 de mayo se desataron manifestaciones en Kinshasa, Kisangani, Bakongo Mbandaka... en todo el país.

Un grupo de compañeros de la Asociación de Antiguos Alumnos de la Universidad de Kinshasa, presidida por Canga Monoko, de la que soy miembro desde que me licencié, decidimos unirnos a la manifestación de Kinshasa. La protesta era pacífica y en ella acusábamos al Gobierno y a las Naciones Unidas por su incapacidad para resolver los conflictos que estaba viviendo el país y de los que la población civil era la principal víctima.

Aunque la mayoría de las personas se limitó a caminar de manera pacífica y sin alterar el orden público, un grupo de personas se abalanzó sobre las instalaciones de Naciones Unidas.

Intervinieron unidades del ejército y de la policía para disolver la manifestación. Realizaron disparos y, aunque posteriormente los periódicos dijeran que habían disparado al aire, lo cierto es que dispararon indiscriminadamente. Varias personas murieron y otras resultaron heridas.

Manifestantes que se encontraban cerca de nosotros quemaron la actual bandera de la República Democrática del Congo y enarbolaron la del régimen de Mobutu Sese-Seko.

Acabamos cercados por varios militares que nos apuntaban con sus armas y que nos condujeron a un camión del ejército. A algunas personas se las llevaron detenidas al Centro Penitenciario y de Reeducción (principal prisión de Kinshasa).

Y a otras (unas 20 personas) nos llevaron a la inspección Provincial de Kinshasa, una comisaría en la que nos tomaron los datos y nos metieron en una celda, acusados de poner en peligro la seguridad del Estado, cargo que el Gobierno utiliza habitualmente

para encarcelar e intimidar a sus detractores y opositores. Nos detuvieron por manifestarnos contra el Gobierno y su política de corrupción.

Las condiciones en las que estuvimos en la celda eran infrahumanas: nos amenazaban con matarnos y nos decían que pagaríamos un precio muy alto por haber quemado la bandera, pese a que ninguno de los que estábamos encarcelados habíamos participado en aquél suceso.

Quien conozca la situación que vive la R. D. del Congo sabe que en la mayoría de los casos no se realizan juicios posteriores. Sólo si tienes mucha suerte o, lo más habitual, si tienes dinero, se acordarán de ti y podrás acceder a un juicio. Pero si no, puedes pasar mucho tiempo olvidado, pudriéndote en la cárcel.

Al cabo de una semana y media, conseguí perder el miedo y hablar con un policía, al que ofrecí dinero para que contactara con un primo mío y le informara de mi situación. Mi primo es miembro de la policía de Kinshasa. La noche siguiente, mi primo vino a buscarme y previo pago de una cantidad importante de dinero, me sacaron clandestinamente de la cárcel.

Mi primo me dijo entonces que tenía que desaparecer, que si alguien más se enteraba de que él me había ayudado a salir de la cárcel, pondríamos en peligro también su vida (además de la mía, que ya figuraba en el punto de mira del Gobierno como persona subversiva). Me prometió que intentaría localizar a mi mujer y ayudarla.